

La Caricatura

aquel cuadro de actores en tantas ocasiones admirados ante el altar soberbio de su dramática incomparable; aquellos críticos tantas veces defraudados en sus predicciones funestas, todos aquellos, en fin, con quienes tantas veces había luchado su musa invencible, doblaban de nuevo la rodilla ante aquella nueva y más brillante manifestación de su soberanía artística.

El entusiasmo fué tanto que el insigne maestro llegó á sentir cansancio, verdadero, cansancio, después de aquella lluvia de aplausos y felicitaciones y pruebas vivas de admiración y de rendimiento.

Salió del teatro loco, trastornada su inteligencia poderosa por aquel conjunto de ideas concebidas al calor del triunfo, borroso el lienzo de su memoria privilegiada por aquel inmenso cajón de

sastre de recuerdos dulcísimos y embriagadores, enervada su enérgica voluntad por aquel derroche de actividad vertiginosa; y llegó á su casa como el que en pocas horas ha gastado fuerzas y actividades de muchos meses.

Entró en aquel despacho lujosísimo en el que vivían en amistad íntima las obras de los matemáticos más insignes y las producciones más notables de artistas inmortales. Sobre la mesa, en el centro, dispersas y borrosas se encontraban las cartillas de la obra, del último florón de aquella corona de gloria, tan universalmente reconocida.

—¡Gran trabajo! ¡Gran recompensa! —pensó el rey-poeta.

Pero de pronto sintió allá adentro, en aquel espíritu lleno de energías y de entusiasmos, en aquel alma haita de gloria, henchida de ventura, acariciada por

legítimas esperanzas y saturada de dulcísimos recuerdos, un vacío inmenso que en aquel momento le pareció un abismo, un abismo negro, insondable, horriblemente insondable.

Se vió solo en medio de tanta ventura, se encontró aislado entre tanto entusiasmo. Vió, con horror que los que acompañaban al poeta y le aplaudían y le coronaban de flores no querían ni podían acompañar al hombre.

Y el hombre recordó una cabecita rubia y unos ojos azules empañados por el llanto amargo del desengaño y lloró, á su vez, con el llanto horrible del remordimiento.

David Estévan.

ENERO, 95.

LIT. DE H. NAVARRO DE VERA.

Almería.—Real, 23.

UN MES, CINCO PESETAS.
Pago anticipado.

ANUNCIOS.

TRIMESTRE, DOCE PTAS.
Pago anticipado.



—Ya que estamos en la calle, iremos, niña, al JAPÓN, para ver las novedades de la presente estación.

Díaz y Romero, Real, 5.



Las camisas de QUINONES tienen un corte tan chic, que no las hacen mejores ni en la Corte ni en París.

Calle Real, esquina á la de Vargas



—Si desean ustedes que cuando tengo 15 años les quiera, vayan á comprar esencias y jabones á la PERFUMERIA INGLESA, Príncipe 21. ¡Ah! No se les olvide regalarme á la vuelta un paquete de polvos por la recomendación, que yo también los uso!



—Cuando Dios vino á la tierra, trajo luces para él, y les dejó á los mortales el gran mechero de AUER.

Fábrica del Gas.

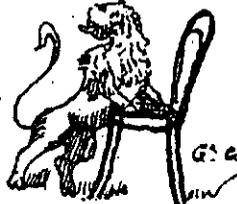


Sírvese en MENDEZ NUÑEZ café selecto á los dulces acordes de un gran sexteto, y sus bebidas han logrado gran fama en Almería.



—¿El lector no se figura el por qué esa criatura tiene un rostro tan divino? Pues por usar dentadura de casa de VIZCAINO.

Dentista.—Rambla de Alfareros, 3.



—¿Qué muebles los de "El León"? ¿Qué camas? Encantadoras. Bronces, jarrones, quincalla y artículos de señoras.

UBALDO ABAD, Tiendas, 33.



—No es comida, es un banquete lo que nos sirve Serrano. —Esta fonda tiene fama de economía y buen trato.

H. de Londres.—Glorieta, 4.

DISPONIBLE.



—¿Quiere usted tomar un dulce? Vamos á la Sevillana, y verá usted los caprichos y regalos para Pascua.

S. Frías Lirola, Príncipe, 6 y Real, 3.



—¿Qué ricos olores llevas? —Tú sí que vas coquetón. Pues todos estos perfumes me los vende MORATÓN.

Perfumería Madrileña, Ricardos, 8, principal.



Soy un pillín, un barbián; me gustan las buenas mozas; soy amigo del confort; vivo en el HOTEL TORTOSA.

Paseo del Príncipe.

COLLÈGE FRANÇAIS: DIRECTOR, MR. EMILE LACOSTE=TRAJANO, NÚM. 2.